

¿Por qué empieza Heródoto su gran descripción del mundo con lo que, según los sabios persas, no era más que una trivial historia de ojo por ojo sobre secuestros de jovencitas?

RYSZARD KAPUŚCIŃSKI

Viernes, 13 de marzo de 1942

El edificio severo y gris lleno de columnas del Departamento de Finanzas estaba en la esquina opuesta de una de las construcciones más bonitas de Bratislava: un edificio de estilo *art nouveau* construido en 1890 y diseñado por el arquitecto austriaco Josef Rittner que en la década de 1940 fue sede del Ministerio de Interior con el presidente Jozef Tiso. En principio, había sido diseñado para el ejército del Imperio austro-húngaro, pero era donde giraban los engranajes del Gobierno del Partido Nacional Eslovaco. Con vistas a las orillas del Danubio, decorado con antiguos cascos romanos en las cuatro esquinas de sus muchas cúpulas y arcos, era un tributo al pasado próspero y complicado del Imperio. El Departamento de Finanzas estaba en una estructura mucho más minimalista, con un toque *art déco* de los años veinte. Embutido entre estas dos construcciones incoherentes, el puente de Franz Joseph cruzaba el Danubio.

Todavía hoy se pueden ver pescadores por las orillas junto a pequeñas hogueras que arden en mitad de la niebla del río mientras los carritos traquetean en las calles de arriba. Algunas cosas han cambiado. El Departamento de Finanzas es ahora el Ministerio de Interior. Hay un centro comercial calle abajo y una autopista de cuatro carriles. Pero la misma escal-

nata conduce a las puertas de diez metros de altura hechas de madera tallada con pomos de latón grandes como una zarpa de gigante. En su interior, justo a la derecha del vestíbulo de mármol, un ascensor paternóster se ha movido continuamente en la cinta transportadora de la eficiencia burocrática desde que fue instalado en la década de 1940. El ascensor sin puertas nunca detiene su incesante ciclo de cubículos móviles. Al igual que la oración que le da su nombre, se mueve como las cuentas de un rosario en las manos. Tampoco es que ayude rezar antes de meterte dentro... Hay personas que han perdido la vida o algún miembro en estos gabinetes que se llenan de humos, pero es lo que se hace para ahorrar tiempo. Este paternóster es uno de los pocos ascensores de este tipo que quedan en Europa.

El doctor Gejza Konka, ministro de Transporte y jefe del Departamento Judío, habría dominado la técnica de entrar en el cubículo ascendente cuando lo veía pasar, y habría estado acostumbrado al crujido con el que la madera protestaría por su peso cuando le subiera al lugar donde el ministro de Economía se afanaba en calcular el gasto de realojar a los judíos.

Como jefe del Departamento Judío, un organismo que había ayudado a crear en verano de 1941 con apoyo del ministro de Interior, el fascista Alexander Mach, Konka era responsable no solo de idear un plan para deportar a las chicas, sino también de organizar los transportes en ferrocarril. Como la financiación y la eficacia económica no eran su fuerte, y puesto que debía tener en cuenta ciertos gastos (alimentación, alojamiento, guardias y combustible), tenía que visitar con frecuencia al ministro de Economía. El Gobierno eslovaco pagaba a los nazis 500 marcos alemanes (en torno a doscientos euros actuales) para «realojar» a sus judíos en Polonia. El eufemismo que utilizaban para «realojar», según lo definió la Conferencia de Wannsee, era «evacuar». El sentido de ambos términos era el mismo. De hecho, en un pedido de cinco toneladas de Zyklon B (el gas utilizado para ejecutar a los judíos y otros «indeseables»), la terminología que utilizaron fue «materiales para el realojo de judíos».

En 1941, después de que los eslovacos aceptaran las exigencias alemanas de enviar a veinte mil trabajadores, fue Izidor

Koso, gran personalidad del Gobierno de Tiso y de las cancillerías del ministro del Interior Mach, quien propuso a los alemanes enviar a judíos en vez de eslovacos. El plan de reunir a veintemil «personas» perfectamente capacitadas de entre dieciocho y treinta y seis años para construir los edificios donde los judíos serían «reubicados permanentemente» en Polonia se originó en 1941. No obstante, Koso sabía que no podrían proporcionar a los alemanes tantos trabajadores como pedían, por lo que insistió en bajar la edad a dieciséis. Que las primeras cinco mil de aquellas personas capacitadas fueran mujeres no se había estipulado en ningún documento. En la Conferencia de Wannsee, celebrada el 20 de enero de 1942, Reinhard Heydrich, miembro de la Schutzstaffel (SS) y jefe de la Oficina de Seguridad del Reich, y su asistente, Adolf Eichmann, bosquejaron «una tarea organizativa sin parangón en la historia». En una dramatización de las transcripciones que se han recuperado de la Conferencia de Wannsee, miembros de las SS y varios políticos discutían en torno a una gran mesa de roble sobre la aniquilación de los judíos europeos y proponían la Solución Final con una cruel falta de emoción. Entre los eufemismos que se utilizaban estaba el de «oportunidad» que se les daba a los judíos de «trabajar», o más bien trabajar hasta la muerte. Edith y sus amigas estaban a punto de enrolarse en esta «oportunidad».

Las reuniones que concluyeron con la fatídica decisión de deportar a las judías solteras debieron de celebrarse a puerta cerrada y sin estenógrafo. ¿Quién instigó esta idea? ¿Vino de Adolf Hitler y de Hermann Goering, o de Heinrich Himmler? Lo único que sabemos a ciencia cierta es que los sospechosos habituales detrás del plan en Eslovaquia incluían al capitán de las SS Dieter Wisliceny, a Alexander Mach, antiguo líder de la Guardia Hlinka y por entonces ministro de Interior, al primer ministro Vojtech Tuka, a Izidor Koso y a otros más. El doctor Gejza Konka no aparece dentro de este eminente grupo de fascistas. Este hombre calvo de rostro acerado y ojos duros no figura en ninguna de las fotografías de grupo que se hicieron en esta época. Tampoco se escribía sobre él. Pero su nombre aparece y desaparece en el registro histórico, y figura en suficientes documentos como para que tenga un signo de interrogación importante.

Todos los asistentes a estas reuniones a puerta cerrada habrían coincidido en que la arianización de Eslovaquia era de vital importancia, pero al Partido Nacional Eslovaco se le presentaban varios obstáculos: la ley y el Vaticano.

En primer lugar, era ilegal deportar a judíos porque todavía se les consideraba ciudadanos. La Asamblea eslovaca necesitaba aprobar una ley que lo hiciera legal, pero todavía no se había presentado a debate ninguna propuesta. El anuncio pedía a las jóvenes que se presentaran para cumplir con su deber. No las iban a deportar, sino que les daban la «oportunidad» de trabajar para el Gobierno. Por supuesto que aquellos hombres que perfeccionaron este plan secreto no se preocupaban demasiado por la ley. Para Alexander Mach, el voto no era más que una formalidad. Para cuando se aprobó la medida, más de cinco mil chicas y varios miles de varones jóvenes ya estaban en Auschwitz. No en balde se habla del Gobierno eslovaco como «estado marioneta» del Tercer Reich alemán.

Aunque cambiar la ley era un obstáculo, las objeciones del Vaticano contra las deportaciones de judíos resultaban más problemáticas. Para disgusto tanto del Gobierno eslovaco como del alemán, el plan de enviar judíos a campos de trabajo se había filtrado en noviembre de 1941. En respuesta directa, el papa Pío XII inmediatamente envió al emisario Luigi Maglione a una reunión con los ministros eslovacos para entregar un mensaje de la Santa Sede que sostenía que los ciudadanos judíos de Eslovaquia no deberían ser enviados a campos de trabajo porque «no es cristiano».

Ir contra la Santa Sede era, de hecho, muy serio. Muchos de los ministros eran católicos devotos. No obstante, el Vaticano no se había mostrado tan tajante contra el Código Judío, así que los artífices de los traslados de judíos no estaban tan preocupados. Para colmo, el presidente de Eslovaquia era un sacerdote además de fascista. ¿Iba tan en serio el Vaticano si ni siquiera había reprendido al presidente Tiso en público?

El primer ministro Tuka mantuvo su característica expresión compungida, con aquellas gafas de montura redonda que le daban un aire de perpetua sorpresa (o de sufrir gases intestinales), mientras el rostro sorprendentemente atractivo de Alexander Mach echaba humo. ¡Cómo se atrevía el Vaticano a

desafiarlos! La ética cristiana no tenía ninguna importancia para el Partido Popular Eslovaco. Su presidente era un mediador entre los hombres y Dios, no entre los judíos y Dios. Al presidente-sacerdote del país no le gustaban los judíos. El protocolo obstaculizaba la eficiencia.

El Vaticano se oponía a los planes del Gobierno eslovaco e insistió en que se incluyeran excepciones para los judíos que se convirtieran y fueran bautizados. Los que hicieran trabajo importante para el Estado de Eslovaquia, como fabricantes de bienes, granjeros y mercaderes, podrían estar exentos de la «reubicación». Aquello que llamaban caridad cristiana no incluía a los judíos.

Se suponía que el envío de judíos a campos de trabajo ahorraría dinero al Gobierno eslovaco, una teoría basada en la espada de doble filo de la propaganda, ya que el Gobierno aseguraba que la pobreza de los judíos los convertía en una carga para el Estado, aunque también insistía en que los judíos se estaban enriqueciendo a costa de los gentiles pobres. Nadie prestó atención a la paradoja. Los economistas fuera del Gobierno, que ya habían descalificado la teoría del ahorro, también fueron víctimas de menosprecio. Alexander Mach hizo que su propio economista, Agustín Morávek, presidente de la Oficina Económica Central, manipulara las cifras, pasando por alto un análisis completo de los costos, que tendría que haber incluido no solo la recogida y transporte de judíos a los campos de trabajo, sino también los cuidados a los trabajadores. ¿Qué pasaba si un trabajador enfermaba? Había que alimentarlos, ¿verdad? Al menos las chicas no comían tanto.

Por supuesto, la traición económica definitiva fue que Mach y sus compinches habían acordado con la RSHA (la Oficina Central de Seguridad del Reich) el traslado de judíos eslovacos en junio de 1941. Entonces, en marzo de 1942, el primer ministro Tuka le dijo a la Asamblea eslovaca que «los representantes del Gobierno alemán habían declarado su voluntad de llevarse a todos los judíos». El coste del «realojo» sería de unos 500 marcos alemanes por judío. Los alemanes no iban a pagar por la mano de obra esclava, sino que iban a obligar a los eslo-

vacos a pagarles para llevarse la mano de obra esclava judía. Cualquiera se preguntaría si el gasto pagado por judío no sería una partida incluida en el presupuesto total.

El Departamento de Transporte, dirigido por el doctor Gejza Konka, debió de agonizar con cada minucia, por ejemplo determinar el tipo de vagón que utilizarían para transportar a mil «personas» por terreno difícil y montañoso lleno de curvas cerradas. Lo más rentable eran los vagones para ganado. Los alemanes ya habían medido este tipo de vagones y habían estimado que en su interior cabía el doble de personas que de caballos o reses. Para desplazar a mil personas harían falta al menos veinte vagones unidos. Esto no sería un simple tren... sería un convoy.

Era una tarea hercúlea. No solo requería que el sistema ferroviario se proveyera de los vagones para animales, también tendrían que fletar autobuses para enviar a las «personas» desde pueblos remotos a lugares centrales lo bastante grandes como para concentrar trabajadores y abaratar así el transporte a los campos de trabajo. También necesitaban una estación de tren que pudiera almacenar al menos veinte vagones de mercancía además de la línea activa. En Eslovaquia oriental solo podía ser la estación de Poprad, una pequeña ciudad donde la línea férrea del sureste y noreste podían cambiarse sin suspender los servicios habituales de trenes. Tras elegir la estación, Konka todavía tenía que encontrar un sitio donde alojar a la gente. Poprad tenía un barracón militar de dos plantas rodeado de vallas muy seguras. Problema resuelto.

Hoy en día, en Poprad hay vías de tren viejas y deterioradas, rodeadas de hierba demasiado alta, que asoman de las zarzas y que avanzan al lado de las vías activas. A menos de medio metro del barracón donde las chicas hicieron su primera parada, esta línea en desuso lleva a la zona de almacenaje. Allí los vagones antiguos se van oxidando, lejos de la línea principal. A lo lejos, las puntas blancas del Alto Tatra rasgan el cielo.

El hecho de que los primeros transportes vinieran de enclaves rurales probablemente estaba planeado. Por un lado, atraería menos atención si se producían errores. Por otro, si

había protestas o disturbios, la Guardia Hlinka podría encargarse de la contención sin llamar mucho la atención. El Gobierno no quería preocupar a nadie. Puesto que la Asamblea eslovaca todavía no había votado una ley que legalizara las deportaciones de judíos, todo tenía que parecer lo más normal posible. Sin duda, no estaban deportando oficialmente a nadie. Los documentos gubernamentales se referían a las mujeres como trabajadoras «contratadas».

Entonces, ¿cuándo se convirtieron las solteras jóvenes en la población objetivo? ¿Quién lo propuso? No parece haber un culpable, pero sin duda fue una decisión tomada por hombres. ¿Se rieron al inventar la razón oficial para aquel transporte, aquello de proporcionar mano de obra para «construir alojamientos» para más trabajadores judíos? ¿Quién se lleva 999 chicas a trabajar a una obra? En algún momento se filtró la noticia de que las jóvenes iban a trabajar en una «fábrica de zapatos». En esa época, Eslovaquia era uno de los mayores productores de zapatos del mundo, y la empresa de calzado T. & A. Baťa era una de las compañías que más trabajo daba en el país. De hecho, sí hubo una fábrica de zapatos asociada a Auschwitz-Birkenau, y aunque ninguna de las 999 (que yo sepa) trabajara allí, el propietario de la empresa era, como se podía esperar, Jan Antonín Baťa. La idea de que las chicas fueran a trabajar a una fábrica de zapatos aplacó muchas de las preocupaciones de los afectados. Pero fue un juego de manos, y el Gobierno usaba una baraja marcada.

La implementación fue la siguiente fase de lo inevitable. Los alemanes ya habían observado que la mejor forma de deportar a cientos de personas era en los vagones que se utilizaban para transportar ganado. Konka y sus colegas estaban de acuerdo. ¿Acaso se pararon a pensar en el frío y el viento que sufrirían en los vagones para ganado las jóvenes con sus vestidos y faldas, sobre todo al atravesar el Tatra y los Cárpatos en marzo? ¿A quién se le ocurrió registrarlas en sabbat? ¿O lo de meter dos cubos en cada vagón, uno de agua para beber y el otro vacío para usarlo como letrina? ¿Alguno de esos hombres consideró que algunas chicas podrían estar menstruando? Por

supuesto que no. Aquello era guerra psicológica, y pronto iba a sufrir metástasis y convertirse en genocidio. La logística de los transportes fue enorme, pero, llegado el momento de pasar a la acción, ¿alguno de los hombres pensó en sus propias hijas? ¿Hermanas? ¿Primas? ¿Alguno de ellos llegó a pensar: «Esto no está saliendo como yo pensaba, es peor, más desagradable, no son más que chicas»?

No había paternóster en el Ministerio de Interior. El edificio era demasiado antiguo para ascensores, así que el doctor Gejza Konka tuvo que subir por las escaleras para llegar a su oficina. En una habitación recubierta con paneles de roble, debió de llamar a su secretaria para que le trajera los documentos más recientes que tuviera que firmar. Recién mecanografiadas en papel cebolla, embutidas entre papel carbón para hacer triplicados, las órdenes llegaron a su mesa para que les diera el visto bueno.

Sin prestar atención al hecho de que las «personas» que iban a ser deportadas iban a ser mujeres, y jóvenes, además de solteras, se fijó en que los documentos no tuvieran errores tipográficos:

Bratislava-Patrónka, estación de tren de Lemec, con capacidad para 1000 personas.

Sereď: campo de trabajo para judíos de la estación de tren de Sereď, junto al río Váh, con capacidad para 3000 personas.

Nováky: campo de judíos, estación de ferrocarril de Nováky, con capacidad para 4000 personas.

Poprad: estación de ferrocarril de Poprad, para 1500 personas.

Žilina: estación de ferrocarril de Žilina, para 2500 personas.

En principio, los eslovacos planeaban llevarse a cinco mil judías en solo cinco días, una tarea monumental que todavía no habían conseguido ni los nazis alemanes. El documento que Konka se disponía a firmar era todavía más osado, pues confirmaba la deportación ilegal de doce mil «personas». ¿Llegó a preocuparse por la opinión del Vaticano justo antes de firmar el documento? Se había mostrado muy seguro respecto a la

cuestión judía unos meses antes, pero ahora que su nombre iba a aparecer en el documento, ¿algún escrúpulo moral asaltaría su conciencia? Si no le importaba la opinión del papa al respecto, ¿le importaba la de Dios?

El Departamento 14 —el Departamento Judío— contaba con solo dos semanas para resolver las últimas cuestiones y empezar la mayor deportación de seres humanos de la historia hasta entonces. Pero, claro, el Todopoderoso había creado los cielos y la tierra en siete días. Nada era imposible.

Al otro lado de las ventanas de su oficina, se alzó una bruma que provenía del helado Danubio. Alzó la pluma sobre el papel, dispuesto a firmar, y Konka debió de pensar que su trayectoria profesional iba en la dirección correcta. Apretó la punta de su estilográfica sobre la hoja, garabateó «en nombre del ministro, el doctor Konka» y selló el destino de miles de mujeres jóvenes.

A pesar de que su firma basta para asegurarle un lugar destacado en los anales de la vergüenza, en cuestión de semanas Konka desapareció de los registros históricos, pues fue sustituido como jefe del Departamento Judío por su segundo, el infame Anton Vašek. Se trataba de un burócrata presumido, obeso y corrupto que acabaría siendo conocido como «rey de los judíos». No tenía problemas en recibir sobornos, vender exenciones al mejor postor o retirar exenciones a judíos eslovacos que no le pagaban suficiente dinero. En cambio, Konka, de no ser por su firma, desaparecería apenas unas semanas después del primer transporte de la historia, igual que los miles de adolescentes que deportó.

¿Qué querían de ellos?
No son más que niños, la mayoría.

LADISLAV GROSMAN, *La novia*

Emmanuel Friedman estaba orgulloso de la inteligencia de sus hijas y quería que llegaran a ser profesionales con estudios —Lea abogada, Edith médico— para que pudieran controlar sus propias vidas. Los hombres con los que solía rezar, que obedecían las instrucciones antiguas del Talmud según las cuales las mujeres debían quedarse en casa y trabajar como madres, le reprendían por querer que sus hijas estudiaran. Emmanuel, que creía en el derecho divino de las mujeres para formarse, no tardó en cambiar de sinagoga en busca de un espacio más liberal. El Código Judío fue lo que obligó a Edith y a Lea a abandonar su sueño de tener carrera profesional. Una joven llamada Mancici Schwalbova había estudiado para ser cirujana y solo le quedaba un examen para conseguirlo. Entonces se aprobó el Código. No dejaron que Mancici se presentara a la última prueba.

Emmanuel y Hanna Friedman estaban preocupados por que sus hijas no pudieran acabar el instituto. ¿Cómo iban a tener éxito si ni siquiera tenían los títulos de secundaria? ¿Y ahora se suponía que tenían que trabajar para el mismo Gobierno que les había arrebatado los estudios?

La única buena noticia era que el Gobierno había prometido excepciones para familias cuyos negocios fueran económicamente esenciales para el Gobierno y los esfuerzos de guerra, y se suponía que los Friedman estaban entre ellas. Había al-

gunas otras familias afortunadas. En principio, las nietas de Chaim Gross, Adela y Debora, también estarían exentas. Cuando los Gross pensaron que Debora era lo bastante mayor como para casarse con Martin Grosman, tuvieron la esperanza de conseguirle una doble protección a través de su marido, además de con su abuelo. Adela, que tenía dieciocho años, no contaba con esa doble seguridad.

A pesar de su extraordinaria belleza, Helena Citron todavía no estaba casada, y su familia no era rica. No habría exención para los Citron. A no ser que Helena se casara de inmediato, iría a trabajar para el Gobierno. Su hermana mayor, Ruzinka Grauber, estaba casada y tenía un hijo; Ruzinka estaría a salvo.

Hanna Friedman retorció su delantal y frunció el ceño. Las exenciones eran un alivio bienvenido para las familias importantes para el Gobierno, pero los vecinos de Hanna también tenían hijas. ¿Qué pasaría con las amigas de Edith y Lea? Zena Haber, Margie Becker o Anna Herskovic, la chica rubia rojiza de belleza delicada, no apta para el trabajo en una fábrica o en una granja. ¿Y qué sería de la buena de Annou Moskovic, la de la cara regordeta, que siempre buscaba una excusa para pasar por la casa de los Friedman el día que hacían pan? A Annou le encantaba el pan de la señora Friedman. ¿Irena Fein tendría una exención por trabajar en la tienda de fotografía y ayudar económicamente a su familia? ¿Por qué no podía quedarse todo el mundo a trabajar para el Gobierno desde casa? Hanna estaba preocupada y enfadada mientras sus hijas recogían la mesa después de la cena. Tendría que preparar un poco más de masa que de costumbre y amasar un pan trenzado para Annou.

Emmanuel, sentado junto al hogar en la «habitación blanca», observaba el rostro preocupado de su mujer. Sin duda, sus hijas estaban «maduras» para trabajar.

«Lea ya tiene los papeles para viajar a Hungría —recordó Hanna a su marido—. Que se queden allí, donde las cosas están más tranquilas. Cuando Lea llegue, Edith podrá colarse a través de la frontera y reunirse con ella. Es mejor que se vayan de aquí a que vayan a trabajar.»

Emmanuel no estaba de acuerdo con eludir las órdenes legales que les imponía el Gobierno. «Es la ley», le dijo a su mujer.

«Es una ley mala.»

«Pero es la ley.» Incumplir una ley no era lo mismo para un judío que para un gentil. Temía que hubiera consecuencias.

La discusión que estaban manteniendo los Friedman era una fracción del enorme dilema al que se enfrentaban los progenitores judíos en toda Eslovaquia. La nieve ya no estaba inmaculada ni blanca, sino gris y sucia. El hielo que cargaba los pinos los obligaba a doblarse y a romperse con el inclemente viento. Las sastrugi moldeaban el paisaje. Las serpientes de nieve ondulaban por el suelo helado. Grandes cúmulos de nubes surcaban el cielo nocturno y cruzaban la frontera húngara rumbo al frente oriental.

Aquella semana, ningún judío durmió bien.

En Prešov, a Adolf Amster, un hombre de negocios importante, le habían asegurado que obtendría exenciones para su familia. Magda estaría a salvo. Se suponía que los Hartmann, que dirigían una lechería importante, también tendrían exenciones. Al oír a algunos hablar se diría que todo el mundo iba a recibir una. Los propietarios de fábricas, los comerciantes más hábiles, los granjeros... Cualquier familia que tuviera un negocio que resultara viable económicamente, o que tuviera cierta importancia para apoyar al Gobierno eslovaco, obtendría una exención para que sus hijas se quedaran en casa.

Los documentos que autorizaban las exenciones no eran breves, y los secretarios del ministerio en Bratislava debieron de mecanografiar muchos con diligencia. Pero el proceso no era nada simple, y la burocracia gubernamental, que nunca había sido demasiado eficiente, ahora se había vuelto más lenta. Cuando llegaron a Roma las noticias del servicio de trabajo obligatorio, el Vaticano envió a otro representante en el mes de marzo para interceder por los judíos. Para contrarrestar la presión del Vaticano, Eichmann envió a Bratislava a su mano derecha, un miembro de las SS algo regordete llamado Dieter Wisliceny, su «especialista y consejero en asuntos judíos», para asegurarse de que el primer transporte de judíos «oficial» funcionara sin problemas. Wisliceny consultó a Konka sobre los asuntos más difíciles de la puesta en marcha de las deporta-

ciones de las primeras mil chicas, pero Konka estaba seguro de que su «exagerado» plan de llevarse a cinco mil mujeres en cinco días iba a ser posible.

Ignorantes del caos político que habían causado las exenciones, los padres judíos confiaban en que el Gobierno les entregaría el papeleo prometido antes de que sus hijas tuvieran que presentarse a trabajar. Cada día, Hanna Friedman esperaba el correo con inquietud. Agarraba y abrazaba a sus hijas de un modo espontáneo, peinaba a Lea y le acariciaba la mejilla a Edith, cantaba con ellas mientras hacían sus tareas. Chaim Gross tenía a sus empleados llamando por teléfono a las distintas líneas del Ministerio de Interior. El matrimonio de Debora se adelantó. Como había sufrido de artritis reumatoide juvenil, sin duda se libraría de trabajar. Pero ¿qué pasaría con Adela, su otra nieta?

El alcalde de Humenné trató de transmitir confianza a las familias judías importantes, pero sin la documentación oficial del ministerio sus afirmaciones no valían nada. Emmanuel Friedman conocía desde hacía años a los trabajadores gubernamentales de la región, pero estaban igual de perdidos que él respecto a las exenciones. Nadie sabía cuándo iban a llegar. Lo único seguro era la severa advertencia que se repetía por todo el pueblo: si el nombre de una chica aparecía en la lista y ella no se presentaba, la detendrían.

¿Había una lista de nombres?

Pues sí, la había.

Cuando Alemania se anexionó Eslovaquia, se convocaron consejos judíos, en principio para defender a sus comunidades. Pero en realidad estos consejos no tuvieron ningún poder ni responsabilidad, aparte del acopio de información sobre la población judía local. Estos censos parecían papeleo y burocracia inofensivos, pero los datos se recogían por razones mucho más reprobables, y con el tiempo permitirían que la Guardia Hlinka se movilizara contra los judíos eslovacos. Era el pirateo informático del Gobierno al estilo de la década de 1940. Las listas regionales estaban por orden alfabético e incluían fechas de nacimiento y direcciones. Lo único que tenía que hacer la policía

Okres: Humenné
Číslo listu: 14

1	2	3	4	5
Číslo listu	Meno Priezvisko	Deň, mesiac a rok narodenia	Bydlisko	Poznámka
1.	Deutschová Priška	1.10. 1910	Humenné, UL.HG 47	✓
2.	Davidovičová Maryša	23.3. 1923	" Vyšný Majer	
3.	Ehrenbergová Hana	19.6. 1925	" Štefanikova 20	✓
4.	Ehrenbergová Helena	13.12. 1922	" Štefanikova 14	✓
5.	Fichlerová Edita	12.7. 1922	" UL.HG.46	✓
6.	Engelmanová Edita	21.10. 1918	" Hviezdoslavova 360	✓
7.	Engelmanová Irena	14.6. 1920	" "	
8.	Erlichová Dorota	4.7. 1921	" Ružová 360	✓
9.	Felínová Janka	23.6. 1907	" Hlinkova 77	
10.	Friedmanová Róza	27.10. 1925	" Hlinkova 124	✓
11.	Friedmanová Ružena	9.9. 1913	" Hlinkova 117	
12.	Friedmanová Sára	28.6. 1925	" Hlinkova 117	
13.	Findglingová Zuzana	20.5. 1922	" UL.HG.46	✓
14.	Friedmanová Margita	24.12. 1920	" Hlinkova 86	
15.	Friedmanová Lea	2.7. 1922	" Hlinkova 86	✓
16.	Friedmanová Edita	11.7. 1924	" Hlinkova 86	✓
17.	Friedrichová Anna	28.9. 1909	" Hlinkova 19	
18.	Friedrichová Ružena	21.8. 1911	" Hlinkova 19	
19.	Friedrichová Ida	7.10. 1914	" Hlinkova 19	✓
20.	Ruchová Margita	6.6. 1908	" Hlinkova 69	✓

La lista de chicas de la ciudad de Humenné, con sus fechas de nacimiento y sus direcciones. Lea y Edith son los números 15 y 16. Las marcas a la derecha señalan que se registraron.

IMAGEN CORTESÍA DE LA FAMILIA DE JURAJ LEVICKY.

era presentarse en la casa o apartamento de la lista y detener a las chicas que no se hubieran presentado al registro, a no ser que sus nombres se hubieran tachado oficialmente.

El 20 de marzo de 1942 por la mañana, Brody Sloboda salió de su apartamento al mismo tiempo que un vecino gentil que trabajaba para el Gobierno.

«Es un mal día para ser judío», le dijo el hombre a Brody.

«¿Por qué?»

«¿Ves esto? —Le mostró una lista de nombres de mujeres—. Hoy se las van a llevar a un campo de trabajo.»

Al principio de la lista figuraba el nombre de una de las primas de Brody, Judita Hassova.

«¿Me haces un favor? —preguntó Brody—. ¿Podrías quitar ese nombre?»

El vecino sacó un lápiz y tachó el nombre.

Setenta y cinco años después, el hijo de Judita, Ivan Sloboda, todavía se pregunta si su madre fue la razón por la que solo hubo 999 chicas. «Quizá mi madre era la número mil.»

Pero quizás hubiera una razón más siniestra para la configuración numérica de 999.